

FRANCISCO JAVIER ACUÑA

¿Intervención? No, andanzas de un galo feliz

Cual pizca de sal sobre la piel del cacacol nacional cayó el talante del viajero Nicolas Sarkozy. Pocas veces una visita accidental que en su origen iba a ser un tema privado —“aprovechada” por la cancillería mexicana para convertirla en gira oficial— desemboca en un incidental ejercicio de antidiplomacia entre dos gobiernos. Como una centella que entra por una casa brincando de cristal en cristal hasta dejar montoncitos de vidrios rotos, así puede narrarse el curioso paso del consorte de *madame* Bruni; el desaguizado sólo podría haber sido capturado por la sátira en frases de Balzac o por la descripción irrefutable en una letal viñeta de Daumier o de una pícara ilustración de Gavarni. En términos musicales el periplo podría sonar como un estridente arreglo de la *Marsellesa* con injertos del *Can Can* y en los coros fragmentos de *Milord* en la perenne voz de Édith Piaf.

La precaria clase política mexicana representada en el proceder orondo y a su vez descortés del presidente del Senado, refleja el rictus que en los políticos de casi todas las formaciones dejó el expansivo estilo de *messie* Sarkozy, quien convirtió su visita de Estado en una rara y hasta locuaz aventura, en una intrépida gira de paseo conyugal, colmada de travesuras y la cual sólo fue compensada por la estela que dejó el paso elegante de *madame* Bruni y en ello la singular y legítima presunción de su enamorado esposo. Por si algo faltara, el tronante viaje acumuló una provocación sobre los deberes internacionales del país sede (belicismo para distensión global) y en una efectista maniobra de rescate improbable, otra más, ahora a favor de una compatrio-

ta que se encuentra cautiva aquí por condena judicial. Todo el desarrollo del periplo del histrión se volcó en el afán de lograr la repatriación de su connacional, apelando a la letra de una convención humanitaria sobre el destino de los presos que pidan ser llevados a su país de origen, con el fin de cumplir allá su condena o —como se teme sea el caso— recuperar de golpe su libertad.

Esta visita se convirtió en un huracán desde el primer instante en que Sarkozy y su esposa arribaron a suelo mexicano, el vértigo de sus palabras apresaron en el ojo del torbellino al sor-

prendido gobierno que lo invitó, a la oposición y a las agrupaciones ciudadanas que claman por un combate efectivo a la delincuencia organizada. Metió a los políticos en una ridícula y embarazosa discusión sobre lo insoportable que resulta en estos lares cualquier dosis de “injerencia” en los sagrados asuntos nacionales por parte de intrusos impertinentes, sean mandamases o simples mortales con ganas de fastidiar.

Salvo en el caso del jefe del Gobierno del Distrito Federal, que hábil para la foto se valió del sufragio de su apellido materno (Casaubón) para exigir la escala que en el palacio del ayuntamiento le permitiera condecorar al gobernante francés y mirar de cerca a su descomunal señora, dueña de un garbo proverbial. En repudio, el resto del gremio de los políticos combatió las declaraciones “intervencionistas” del mandatario francés, como si hubieran tumbado postes del patriotismo local e incluso desataron discursos de mexicanísima indignación, de los cuales los únicos sensiblemente válidos son los de las víctimas del secuestro y, especialmente, a los que, se insiste, torturó la perturbadora y mustia Florence Cassez. Es-

tá en la Constitución su derecho a la repatriación si se le concede por el gobierno esa distinción, la cual se puede denegar sin tanta tribulación.

Las cosas que hay que ver. El galopante de la galia vino a respuntear aquí para remendar allá, es decir: a paliar —por el taumatúrgico efecto de la distracción— los frentes críticos que desata a cada instante su peculiar estilo de gobernar, uno que ha irritado a los delicados franceses que sí saben, y con implacable furor ciudadano, desacreditar a sus representantes populares por sus acciones concretas y no sólo por tener la sangre densa, enfermedad habitual de los que hacen ejercicio del poder. Por cierto, a la señora canciller de nuestro país le debería preocupar que en breve venga a visitarnos también, por otro signo de diligente respuesta a su solícita hospitalidad oficial, la temible Hillary Clinton. Habrá que ver qué otros saldos eso nos dejará y empezar a tomar medidas precautorias para tal adversidad.

Si Felipe Calderón quiere en verdad vengarse de la actitud de Sarkozy, es muy fácil: que les mande a la inexplicable Gabriela Cuevas de embajadora de México a Francia, faltaba más. Ella sí, y de seguro, nuestras afrentas nacionales les



Fecha 15.03.2009	Sección Primera-Opinión	Página 21
----------------------------	-----------------------------------	---------------------

cobrar y con creces. Si eso fuera pronto, mejor y, de paso, aliviaría a los atormentados vecinos de la Miguel Hidalgo que se han resignado ya a los experimentos majaderos y a los caprichos gubernativos en esa demarcación. Y para mediar la ofensiva diplomática que propone-

mos, que se le pida al presidente de Francia que vuelva a México, pero sólo a través de su enviada y que nos mande muchas veces más a la sensual *madame* Bruni de Sarkozy

ffacuqa@hotmail.com